

La Asunción de la Virgen María • AÑO B • Lc 1, 39-56

• Primera lectura • Ap 11, 19a; 12, 1-6a. 10ab • “Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal”.

• Salmo • 44 •
“De pie a tu derecha está la reina enjovada con oro de Ofir”.

• Segunda lectura • 1Co 15, 20-27 • “Primero Cristo como primicia, después todos los que son de Cristo”.

• Evangelio • Lc 1, 39-56 • “El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; enaltece a los humildes”.

En aquellos días María se puso en camino y fue aprisa la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá...!».

María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí, su nombre es santo. Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. El hace proezas con su brazo; dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel su siervo, acordándose de la misericordia -como lo había prometido a nuestros padres- en favor de Abrahán y su descendencia para siempre».

María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa.

Hoy celebramos una fiesta de María, la madre de Jesús. Se trata de una fiesta que expresa un aspecto importante de su vida: La Asunción. María está en el cielo.

Es esta una fiesta muy arraigada en la historia del pueblo cristiano, aunque ha sido en el siglo pasado cuando fue definida María Asunta al Cielo.

La celebración de la Asunción trae aire fresco en la vida de la Iglesia y de la humanidad. Lo que en ella celebramos es un anuncio de que también

nosotros estamos llamados a vivir: la vida de los bienaventurados.

La victoria de Cristo sobre la muerte empezó a tener repercusión en su madre, María.

En este día en el que recordamos la etapa final de la vida de María el texto que nos ofrece la liturgia es la continuación de la propuesta que le hace el ángel a María de parte de Dios para que sea madre del Salvador

María al conocer que su prima

esperaba un hijo y que ya estaba de seis meses se pone en camino para felicitarla y ayudarla en los últimos meses del embarazo.

«María se puso en camino y fue aprisa». María deja sus cosas y va en ayuda a su prima. Lo hace, según el texto, aprisa. No podía perder tiempo.

A continuación hay dos protagonistas. Isabel y María. Isabel que se fija en María y reconoce su grandeza porque lleva en su vientre al Señor: «Bendita tú (eres) entre las



mujeres y bendito es el fruto de tu vientre».

Son palabras que repetimos con frecuencia al rezar el Ave María. María es dichosa porque ha creído. No era fácil a veces hacer el acto de fe a la propuesta de Dios, fiarse de Dios. Pero María se fía y se pone en manos de Dios: «*Hágase en mi según tu palabra*».

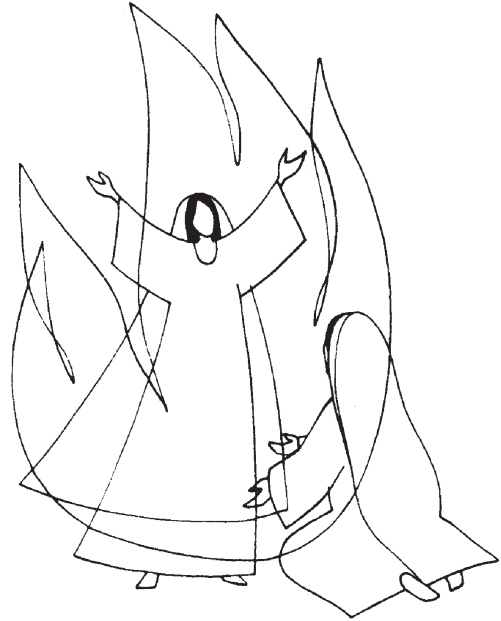
Por su parte María pone su mirada en Dios y le da gracias, lo alaba porque Dios se ha fijado en ella que es una humilde sirvienta. Por esa mirada de Dios sobre ella todas las generaciones la felicitarán. Es grande lo que Dios ha hecho en ella.

Pero la grandeza de Dios se ha mostrado y se sigue manifestando a lo largo de la historia. Dios hace portentos, su obra es patente. Él está a favor de los pequeños y de los humildes y por el contrario no acepta el comportamiento de los orgullosos.

Dios y los que continúan su obra estamos llamados a seguir la misma dinámica.

Como conclusión se nos dice que María se quedó allí tres meses, o sea hasta que su prima dio a luz, mientras necesitó de María.

La grandeza de María no aparece externamente. Ella fue la servidora del Señor, ella se puso totalmente en manos de Dios. Ahí está su grandeza.



Hoy en la fiesta de la Ascensión recordamos a María en su visitación a su prima Isabel. Me pongo en presencia de Dios y le pido que el Espíritu Sano que fecundó el seno de María me haga descubrir lo que Dios quiere decirme en este día. Hoy me detengo en una mujer, en la persona humana más grande que ha existido: en María.

- Me fijo en la actitud de María. Su presteza a ayudar a su prima.
- Me detengo en María que se reconoce humilde y al mismo tiempo ve la mano de Dios en la historia, una mano que está del lado de los humildes y de los que sufren.
- Valoro en María a la humilde esclava del Señor.
- Le doy gracias a Dios de María.
- Le pido a María que sea mi camino, mi ejemplo, mi modelo.
- Le pido a María que aumente nuestra esperanza.
- Llamadas



**Oro a partir
de lo contemplado.**

¡BENDITA ENTRE LAS MUJERES Y BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE!

Hoy dirijo mi mirada y mis palabras a María, la madre de Jesús, del Salvador del mundo.

María, tú eres la más grande de entre todas las mujeres y de entre todos los hombres. Tú has aceptado ser la madre del Hijo de Dios por eso tú eres la madre de Dios.

Gracias, María, por tu humildad tan natural, tan sencilla, tan normal, sin fingimiento alguno. Y eso que eres la más grande entre todas las mujeres.

Gracias por tu disponibilidad al proyecto de Dios. Toda tu persona la pusiste en manos de Dios. Era mucha la exigencia que Dios te pidió, pero tus planes eran sus planes. No te reservaste nada para ti, te entregaste por completo. Por ello Dios te enaltecíó, como hoy recordamos celebrando tu Ascensión.

Tú, María, has llegado a la meta y disfrutas de la presencia de Dios. Tu Hijo Jesucristo quiso tener-te en el cielo a ti que habías sido la puerta por la que Él entró en nuestro mundo.

Tú, María, eres nuestra esperanza. Contigo un día estaremos en la presencia de Dios Padre para vivir felices y participar plenamente de la vida de Dios.

Es cierto que nuestro mundo a veces es «*un valle de lágrimas*», por los sinsabores de la vida: enfermedades, muertes, tensiones en la convivencia, violencia, desprecio de las personas, maltratos, avaricia, abusos, guerras, muertes, crisis con todos

sus efectos negativos... pero no puedo perder de vista a tu persona que pone en mi vida un rayo de esperanza.

Tú, María, ya estás donde un día, si Dios quiere, llegaremos, tú eres nuestro futuro más venturoso.

Nosotros te recordamos con los mil nombres que te hemos ido dando a lo largo de la historia y del mundo, según los pueblos y culturas.

María, Madre de Jesús, mantén en nosotros la esperanza de que es posible mejorar nuestro mundo, nuestra Iglesia, nosotros mismos, con la ayuda del Espíritu Santo que hizo posible que tú fueses la madre del Salvador.

María, madre de Jesús, haz que siempre estemos disponibles a lo que Dios quiera hacer de nosotros, que como tú sepamos prestarnos voluntariamente a cooperar con el proyecto de Dios.

Y además que como tú, María, seamos humildes, que alejemos de nuestras vidas todo engrimiento, todo orgullo y que por el contrario adoptemos la actitud del servicio, como tu hijo Jesús que según decía y hacía no vino a ser servido sino a servir.

Gracias María, mantén en nosotros la esperanza.



Ver • Juzgar • Actuar

“Se nos ha abierto el cielo”

VER

Hace unos días, una amiga me contaba que en su oficina tuvieron un problema informático que no sabían solucionar. El jefe no estaba, y temían su reacción cuando viese todo el sistema bloqueado. Pero llegó un compañero de otro despacho que sabía informática y solucionó el problema. “Cuando lo vieron entrar, se les abrió el cielo”, me decía mi amiga. Esa expresión coloquial traduce la experiencia de alivio que siente una persona cuando se le presenta una ocasión o coyuntura favorable para salir de un apuro o conseguir lo que deseaba.

JUZGAR

La fiesta de la Asunción de María nos puede ayudar a reflexionar acerca de cómo por ella también “se nos ha abierto el cielo”. Jesús, con su resurrección, es quien realmente “nos ha abierto el cielo”, quien se ha hecho nuestro Camino hacia la



casa del Padre, porque como hemos escuchado en la 2ª lectura, «Cristo ha resucitado, primicia de todos los que han muerto... por un hombre ha venido la resurrección... por Cristo todos volverán a la vida».

Y en María, que desde el principio ha estado estrechamente unida a la obra de salvación de Jesús, encontramos el modelo de todo cristiano, de todo seguidor de Jesús que quiera alcanzar esa meta de la verdadera Vida.

Una meta que quizá en algunos momentos nos pueda parecer fuera de nuestro alcance; por eso, la fiesta de la Asunción de María nos viene a recordar que si ella, «una de nosotros» ha llegado a dicha meta, también nosotros podemos llegar. Y por eso hoy, de nuevo, «se nos abre el cielo».

Fue la experiencia que tuvo Isabel; ella ya sabía que había concebido a Juan Bautista siguiendo el plan de Dios, pero a pesar de esa certeza, «en cuanto Isabel oyó el saludo de María... Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: ¡Bendita tú...! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» A Isabel «se le abre el cielo» a ver a María, porque supone para ella la confirmación de que Dios está llevando adelante su plan de salvación, y que ella también participa en ese plan.

Un plan de salvación que María proclama en el Magnificat. Un plan de salvación que no se ha cumplido todavía, pero que gracias a la Encarnación del Hijo de Dios también «abre el cielo» a quienes, si Dios no hubiese entrado en nuestra historia, se verían fuera de toda esperanza. Y por la Asunción de María podemos encontrar razones para creer que, como seguidores de Jesús, podemos colaborar y acelerar el cumplimiento del plan de Dios, porque en ella ya se ha cumplido, porque ella es esa «mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas», como hemos escuchado en la 1ª lectura. Y es lo que hoy celebramos.



ACTUAR

En alguna ocasión, ¿he tenido esa experiencia de que por algo o alguien «se me haya abierto el cielo»? ¿Cómo me he sentido? ¿Cómo lo he agradecido? ¿Pienso alguna vez en que mi verdadera meta no está en las cosas de este mundo, sino en la Casa del Padre? ¿Cómo me preparo para alcanzar esa meta? ¿Creo posible el cumplimiento del plan de Dios que hemos escuchado en el Magnificat? ¿Cómo colaboro yo en el desarrollo de ese plan? ¿Cuento con María en mi oración?

El cielo también se nos abre cada vez que celebramos la Eucaristía; ¿la vivo así, o como un simple cumplimiento? Porque ésa es la experiencia que deberíamos tener cada vez que nos reunimos convocados por el Señor, y como Isabel, deberíamos sentirnos «llenos del Espíritu Santo».

Isabel dijo a María: «¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». Unidos a María en esta fiesta de su Asunción, sintámonos hoy también dichosos nosotros, porque creemos en la Resurrección de Jesús, porque podemos colaborar en el desarrollo del plan de salvación de Dios, y porque de ese modo también en nosotros y en todos los que sigan a Cristo, se cumplirá la promesa de la resurrección y la vida eterna.

Acción Católica General
Alfonso XI, 4 5º
28014 - Madrid
www.accioncatolicageneral.es